

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 13 Octubre 1906.

Núm. 41.

Catequística.

(Continuación).

Después de varios cursos de los siglos, Dios promete á David, que el Mesías habrá de nacer de su familia: Tu casa será fiel, le dice por boca del profeta Natán, y tu reino hasta la eternidad delante de mi faz; y tu trono será firme constantemente» (1) De aquí nació la universal creencia entre los judios de que el Mesías había de ser Hijo, esto es, descendiente de David, cuya creencia se conservaba fresca en tiempo del Redentor, como se ve por los enfermos que le decían: *Hijo de David*, ten compasión de nosotros, y por la respuesta que los fariseos dieron á Jesucristo. Pues «estando reunidos los fariseos, según lo refiere San Mateo, hízoles Jesús una pregunta, diciéndoles: ¿Qué os parece á vosotros de Cristo? ¿De quién es Hijo? Y ellos le responden: *De David*. Diceles entonces (Jesús): ¿Cómo es, pues, que David en espíritu le llama su Señor, diciendo: Dijo el Señor á mi Señor: siéntate á mi derecha hasta que ponga á tus enemigos por escabel de tus pies?

Si, pues, David le llama Señor ¿cómo es que es hijo suyo?

Y ninguno (de los fariseos) le podía responder una sola palabra» (2) para dar cumplida respuesta á la pregunta.

Mas el texto aducido por Jesús contra los fariseos, como medio de convencerlos que El era el esperado Mesías, tenía para David, y tiene para nosotros, sencilla explicación. David llamaba al futuro

(1) *Libro 2.º de los Reyes*, cap. 7.º ver. 16.

(2) *San Mateo*, 22, 41 al 46.

Mesías Señor suyo en cuanto Dios, y le llamaba hijo suyo en cuanto hombre. Con lo cual también se conoce que David y los judíos de su tiempo sabían perfectamente que el Mesías no sólo había de ser Hijo de David, sinó que había de ser Dios y hombre verdadero. Pues, David dijo eso en uno de sus salmos (1), y es cosa sabida que los salmos los cantaba el pueblo en alabanza de Dios, los interpretaba y creía su contenido.

Para que no quepa género alguno de duda de que el pueblo judío tenía conocimiento muy claro de la venida del Mesías, vemos que sabía hasta el lugar y la época de su nacimiento, y hasta las más minuciosas circunstancias de su vida y de su muerte.

Como de todo esto hemos de hablar dentro de poco, sólo indicaremos la profecía y noticia relativa al lugar donde Jesús había de nacer. Dice así el profeta Miqueas: «Tú, Belén Efrata, eres pequeña (población) entre los miles que tiene Judá; (mas no te aflijas) porque de ti saldrá el que será dominador en Israel; y su nacimiento es desde el principio, desde los días de la eternidad», y por esto serás grande en mérito sobre todas las demás ciudades de Judea (2).

Cuya profecía la entendieron los Israelitas del nacimiento del Mesías en la ciudad de Belén; y esa inteligencia se conservó siempre clara entre ellos. Por eso, cuando llegaron á Jerusalén los Reyes Magos y preguntaron á Herodes dónde había nacido el Rey de los judíos, convocó Herodes á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas del pueblo y les preguntó dónde había de nacer el Cristo. Y éstos, sin titubear, le contestaron: Debe nacer en Belén de Judá, pues así está escrito por el profeta (Miqueas) (3).

Por último, de que en medio del pueblo de Israel se conservó fresca y perenne esta tradición de la venida del Mesías, y qué continuó sin interrupción hasta los mismos días que en realidad vino Jesús al mundo, nos lo prueba la pregunta que los judíos hicieron al Bautista, cuando le mandaron una comisión para que les dijera si El era el Cristo que esperaban: á lo cual respondió que no era, pero que ya estaba en medio de ellos (4); y nos lo prueba también la respuesta de la Samaritana á Jesucristo: Sé, le

(1) En el 109, ver. 1.º

(2) Miqueas, cap. 15, ver. 2.

(3) San Mateo, cap. 2, ver. 5.º

(4) Mateo, 3, 11, y Juan, 1, 25 y 26

contestó, que el Mesías ha de venir (1); pruébalo la noticia que unos á otros se daban los discípulos que Jesucristo iba recabando: Hemos hallado, se decían, al Mesías (2); y lo prueba, por fin, la pregunta que con ardiente afán le dirigieron á Jesús los judíos, en el Templo, en el sitio llamado Pórtico de Salomón: «Hasta cuándo, le dicen, tienes suspensa de un hilo nuestra alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo claramente» (3).

Si bien consideramos todas esas sucesivas promesas, hechas por Dios á su escogido pueblo, y lo mismo los sucesos que quedan referidos, no podremos dudar de que el pueblo judío tuvo desde su comienzo, que se remontó, de algún modo, al terrenal paraíso, clara noticia de la venida del Mesías; y que conservó esa noticia limpia y firme hasta los tiempos de la vida temporal del Redentor.

Los testimonios en que se apoya esta explicación son todos tomados de la Sagrada Escritura, y son por lo mismo de una autoridad divina é infalible. Pero no faltan tampoco testimonios de autores é historias profanos.

Así vemos que Flavio Josefo, tanto en la *Historia del pueblo judío*, como en las *Antigüedades judáicas* (4), asegura que de su nación había de nacer un hombre extraordinario que había de reinar sobre toda la tierra. Vemos también que manifiestan la esperanza en el Mesías, el Talmud, el Targum, la Paráfrasis de Onkelos, el libro de los Jubileos, y otra porción de libros judáicos, en que se guardan las tradiciones de ese pueblo.

Pero, además del pueblo judío, tenían esa creencia del futuro Mesías, si bien adulterada con mitológicas y fabulosas circunstancias, los pueblos de la gentilidad, según antes indicamos.

En efecto: Confucio nos asegura que los chinos esperaban el Justo, que vendría del Occidente, y cuyo nombre nadie sabría pronunciar. Los persas, según nos refiere Plutarco, creían que llegaría un tiempo en que Ahrimán (principio del mal) sería enteramente destruído, que se formaría un imperio universal en el cual

(1) San Juan, 4, 25.

(2) San Juan, 1, 41.

(3) San Juan, 10, 24.

(4) *Historia de la guerra de los judíos*, libr. 16, cap. 31; y *Antig.*, 4, 6 y 8.

entrarían todos los hombres, y en cuyo imperio serían felices, y hablarían un mismo idioma (1).

Igual creencia tenían los Egipcios, como nos lo dice el citado historiador (2).

De la creencia de los Griegos nos habla el poeta Esquilo. Pues, según este escritor, Prometeo, que es figura del género humano, será redimido por un Dios, bajado del cielo, llamado Qui-rón, el cual lo sacará de los infiernos en donde estaba castigado. Cuya semejanza con el Mesías no puede estar más patente.

Respecto del pueblo romano nos hablan con asombrosa claridad los historiadores Suetonio y Tácito, y el poeta, á la par que historiador, Virgilio.

Dícenos Suetonio, en la vida de Vespasiano: Que se había extendido por todo el país oriental, una ya muy antigua y constante opinión, que en aquel tiempo, según los decretos del ciego destino, los hombres salidos de Judea se apoderarían del mundo todo (3).

Y Tácito dice casi lo mismo que Suetonio: Muchos tenían la persuasión de que el Oriente se engrandecería, y que hombres de Judea se apoderarían del gobierno de las cosas (4).

Más expresivo está el gran poeta Virgilio en sus Églogas; pues nos habla de un hombre que ha de venir del cielo, nacer de una Virgen y traer la paz al mundo. «Llega ya, dice, la última edad de los versos (de la Sibila) de Cumas; nace el magnífico orden en medio de los siglos; vuelve ya la Virgen; vuelven los tiempos de Saturno (la llamada edad de oro); ya desde lo alto del cielo desciende una nueva familia. Tú, pues, casta Lucina, (deidad que favorecía los partos, llamada por unos Juno, y por otros Diana), protege al niño que va ahora á nacer, y con el cual terminará la gente de hierro, y se levantará gente de oro por todo el mundo» (5).

Aquí se ve que el vate de Mantua coincide, casi por completo, con lo que de Jesús había dicho el profeta Isaías; por lo cual con mucha razón le llaman algunos el primer poeta cristiano.

Cosas análogas se leen en las mitologías de los pueblos del

(1) De *Isid. et Osiris*, cap. 47.

(2) Cap. 19.

(3) *Vita Vespas.*, cap. 4.º

(4) *Histor.*, v. 13.

(5) Egloga 4.ª

norte de Europa, y en los de América, lo mismo que en las profecías de las Sibilas. De cuyos testimonios hacemos gracia á nuestros lectores por miedo á serles molestos con empalagosas citas.

Existía, pues, en el pueblo judío, la creencia en la venida del Mesías, y esa dulcísima creencia había trascendido á la mayoría de los pueblos de la tierra. Cosa, en verdad, muy natural, pues según Strabón, en tiempo de César y Pompeyo los Judíos estaban extendidos por todo el mundo conocido, y tenían Sinagogas en Antioquía, en Alejandría, en Atenas, en Tesalónica, en Roma y hasta en el centro de la China.

(Continuará.)

Reflexiones sobre el Evangelio.

Dominica XIX después de Pentecostés

Nos refiere el Evangelista San Mateo en el cap. 22, v. 1-14, correspondiente á la presente Dominica, que Jesús, hablando según era su costumbre, por medio de parábolas, dijo á los príncipes de los sacerdotes y á los fariseos: «El reino de los cielos se parece á un rey que, queriendo celebrar las bodas de su hijo, envió á sus servidores á llamar á los invitados, pero rehusaron venir. Envió otros servidores con orden de decir á los que estaban invitados: He preparado mi festín: todo está dispuesto, venid á las bodas. Pero en lugar de acceder, todos se excusaron, y algunos cogieron á los servidores, los ultrajaron y los mataron. Con esta noticia, el rey, irritado, envió sus tropas, exterminó á los matadores y quemó sus moradas. En seguida dijo á sus criados: El festín está dispuesto, pero los que habían sido invitados no eran dignos de ello; id, pues, á las plazas públicas y llamad á todos los que encontréis. Y en efecto, reunieron á todos los que encontraron, buenos y malos; y la sala de la fiesta fué llena de convidados. Habiendo, el rey, entrado, para ver los que estaban en la mesa, apercibió á uno que no estaba vestido con el traje nupcial: Amigo mío, dijo, ¿cómo habéis entrado aquí sin tener el traje nupcial? Entonces el rey, dijo á sus servidores: atadlo de pies y manos y echadle fuera en las tinieblas; porque muchos son los llamados, pero pocos los elegidos».

Aun cuando de todas las palabras del sagrado texto pudieran

sacarse enseñanzas provechosísimas para nosotros, quiero valerme de las que sirven de terminación á esta hermosísima página inspirada, para de ellas sacar algunas instrucciones en orden al gran negocio de nuestra salvación.

Multi sunt vocati, pauci vero electi. Sentencia breve, pero terrible, que ha hecho estremecerse á todos los santos, y que no hay otra que deba hacernos temblar otro tanto á nosotros mismos. Sin embargo, no es el temor únicamente el sentimiento que pretende Jesús excitar en nosotros, con esta sentencia: mucho menos, ella ha de inspirarnos una desconfianza que nos turbe y lleve á la desesperación; al contrario, podemos sacar de aquí motivos poderosísimos para una grande confianza, á la vez que saludables estímulos para la práctica del bien.

Como en el lenguaje bíblico, la palabra, muchos, es frecuentemente empleada para significar todos, hemos de afirmar que todos los hombres son llamados á la salvación.

Dios que libremente creó al hombre, sin que á ello estuviera obligado por ley alguna, ni aun por la generalísima de la difusión del bien, porque infinitamente se había difundido en las procesiones *ad intra*, quiso elevarle sobre la condición de su naturaleza, concediéndole el divino auxilio de la gracia, que, añadiendo al hombre nuevas fuerzas de un orden superior, y robusteciendo su potencia operativa, le coloca en potencia verdadera y expedita para realizar actos saludables y meritorios, en orden á la vida eterna, á la que, sin excepción, todos tendemos como fin último, con una inclinación espontánea, impresa en nuestro corazón por el dedo del Divino Hacedor.

Si, pues, esto es así, ¿podrá pensarse, siquiera, que Dios, verdad esencial, haya impreso en nosotros una inclinación, que después resulte ilusoria por carecer de medios para su realización? En manera alguna. Dios no puede faltar á la obligación que libremente se ha impuesto, criándonos, como lo ha hecho, para poseerle; y en todos los tiempos y en todos los lugares su voz se hace oír á todos los hombres sin excepción.

Bien podrá decirse que no á todos llama de la misma manera, es verdad, pero es innegable, por haberlo así definido la autoridad de la Iglesia, contra las heréticas enseñanzas de Jansenio, que á todos concede el auxilio suficiente, que en sí encierra cuanto se necesita para obrar, y que si no consigue su efecto, no es porque

á él falte potencia intrínseca, sino porque le falta el asentimiento de nuestra voluntad; permaneciendo en todo caso dentro de nuestra potestad, el que la gracia resulte meramente suficiente ó pase á ser eficiente con nuestro consentimiento.

Esto nos lo demuestra las páginas de la Historia, indicándonos no haber época alguna en que Dios haya dejado de llamar á los hombres. En el paraíso, es El mismo en persona quien ha invitado á Adán. Bajo la ley de la naturaleza, sus invitaciones han sido dirigidas á la humanidad por los antiguos patriarcas. Bajo la ley escrita, ellas lo han sido por los profetas. En la plenitud de los tiempos, es el Hijo único de Dios que ha venido á enseñarnoslas El mismo. Después de su ascensión á los cielos, nos son dirigidas por los ministros de la Iglesia. Y allí donde no llega la voz de estos ministros, como ocurre en los países de infieles, Dios invita á los hombres á ir á él por la voz de la conciencia; y si permanecen sordos á este primer llamamiento, El les envía los sacerdotes de su Iglesia, como vemos continuamente en los mártires de las misiones.

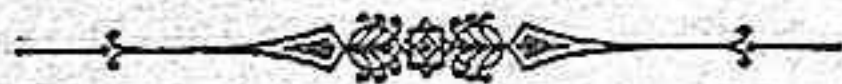
No obstante esto, son muy pocos los que se salvan, como nos lo indican muchas figuras de la Sagrada Escritura, entre otras el diluvio, en el que de los millones de personas que entonces poblaban la tierra, ocho personas tan sólo, que formaban la familia de Noé, escaparon á la cólera celeste. En la destrucción de Sodoma y Gomorra, por el fuego del cielo, no se salvaron más que Lot y sus dos hijas. De los seiscientos mil israelitas, sin contar las mujeres y los niños, que salieron de Egipto para la tierra de promisión, dos solamente, Josué y Caleb, tuvieron la dicha de llegar.

No quiere decir esto, sin embargo, que el número de los elegidos, en sí considerado, sea pequeño, no; por el contrario, es muy grande: fué dado á S. Juan en una de sus visiones contemplarlo, y lo expresa así (1): «Vi una multitud grande que nadie podía contar, de todas las naciones, de todas las tribus, de todos los pueblos y todas las lenguas; estaban de pie en presencia del cordero, vestidos con túnicas blancas, con palmas en la mano», sólo, pues, se dice pequeño en relación al número de los réprobos.

Pero ¿habrá esto de desalentarnos? De ninguna manera; antes bien, debe excitar nuestro celo, porque Dios tiene verdadera y sin-

(1) Apoc. VII, 9.

cera voluntad de salvarnos; por todos, sin excepción, derramó Jesús su sangre preciosísima, y todos podemos, por consiguiente, alcanzar la vida eterna, siempre que sigamos los impulsos de la gracia.



Explicación de las Virtudes.

(Continuación).

Estos argumentos son siete, y están figurados en aquellos siete sellos de que hace mención San Juan en su Apocalipsis (1). El primero son las profecías. El prever las cosas futuras que dependen del querer divino ó del arbitrio de los hombres, y el anunciarlas muchos años antes de que sucedan, no se puede hacer sino por virtud divina. Y puntualmente hallamos en las sagradas Escrituras previstos y anunciados de los Profetas los sucesos de la vida y de la pasión del Redentor, hasta sus últimas y más pequeñas circunstancias. Luego Dios fué quien manifestó á los profetas las dichas verdades, y se las dictó de su boca cuando las profetizaban. Pues si Dios fué el que habló á los Profetas, es preciso decir que es verdadera aquella fe, por la cual El mismo habló y manifestó.

El segundo argumento es la santidad de las leyes cristianas en los preceptos que impone, en los medios que prescribe para ejecutarlos y en los efectos que produce en quien los observa. Siendo Dios la fuente y el primer origen de toda santidad, no puede provenir sino de El una ley que por todas partes respira rectitud y santidad. Un solo Santo podría bastar para demostrar santa la ley y la fe que él profesa. ¿Qué prueba, pues, harán tantos millares de santos, reconocidos por tales con rigoroso examen, por la observancia de las leyes, y por la creencia de las verdades católicas?

El tercer argumento es la sabiduría, que se halla en grado eminente en los Doctores de la Santa Iglesia, que cuanto más han examinado los fundamentos de nuestra religión, tanto más firmes los han encontrado. Al contrario de las otras sectas, cuyos promotores las creían menos, porque conocían mejor su falsedad;

(1) Apoc., c. 5.

y sólo por fines humanos, y aun perversos, propagaban sus falsos dogmas.

El cuarto argumento es la propagación admirable de nuestra fe, que se hubo de plantar arrancando la idolatría, tan dilatada y arraigada en todas las partes del mundo; y estableciendo una creencia tan contraria á los instintos de los sentidos, y tan opuesta á las inclinaciones de la naturaleza corrompida. Y sin embargo se consiguió esto en breve tiempo. Y lo que demuestra más evidentemente la obra del brazo de Dios, es que se consiguió esto sin género alguno de fuerza, y por sola la persuasión, siendo sus pregoneros solos doce pescadores, viles á los ojos del mundo, pobres, ignorantes, aborrecidos y perseguidos de todos, destituídos de toda protección humana, aun más, obligados á luchar contra todos los poderes combinados de la tierra, contradiciéndoles los filósofos, repugnando los políticos, y haciéndoles guerra implacable todos los monarcas del mundo.

El quinto argumento son los milagros, que ninguno los puede hacer sino Dios. Los milagros públicos y evidentes hechos por Jesucristo á la faz de todo el pueblo judáico en testimonio de su misión. La multitud innumerable de milagros hechos por sus Apóstoles y discípulos, según El mismo lo había anunciado, para llevar á cabo la propagación del Evangelio y el establecimiento del Cristianismo. La infinidad de milagros obrados en todo tiempo y en todo lugar por personas inculpables é irrepreensibles en testimonio de nuestra santa fe. Luego es preciso decir que eran grandes amigos de Dios aquellos hombres de quienes El se sirvió tantas veces para dispensar en las leyes más estrechas y más inalterables de la naturaleza: luego hemos de confesar que era suya, y por consiguiente divina, aquella fe, en prueba de la cual hacían ellos obras tan portentosas.

El sexto argumento es el testimonio de los mártires, infinitos en número, y muchos de ellos ilustres, ó por el nacimiento ó por la dignidad; tiernos, ó ya muy avanzados por la edad; débiles, ó por el sexo, ó por la complexión delicada. Añádase la alegría con que padecían cruelísimos tormentos; la caridad para con Dios y para con el prójimo, con que los toleraban. Mas lo que aumenta la fuerza del argumento son los prodigios que se obraban cuando, puestos dentro de hornos encendidos, estaban impasibles á los ardores del fuego, y expuestos en medio de los anfiteatros para ser

devorados por las fieras, quedaban ilesos sin experimentar el menor daño.

El Séptimo argumento es la misma sublimidad y perfección de la doctrina cristiana, evidentemente verdadera en todas sus partes accesibles á la razón humana, y evidentemente creíble en todos sus misterios sobrenaturales la constancia y admirable indefectibilidad de la misma fe que entre tantos asaltos, ó de sus enemigos por de fuera, ó de sus hijos rebeldes é ingratos por dentro, no se ha movido jamás, ni mudado en un punto. Entre tantos contrastes, entre tantos golpes y entre tantas borrascas, ha sido siempre la misma en sus dogmas, en sus leyes y en sus ritos. Es propio de las cosas humanas el ir siempre cayendo y faltando; todas las obras del hombre llevan en su frente el sello de su pequeñez, de su caducidad y de su ruina; perecen los reinos, decaen las monarquías, y los imperios quedan poco á poco abatidos con el tiempo. Las mismas sectas anticatólicas, que, como ramos secos y estériles, fueron cortadas por Jesucristo, en la dilatada serie de los siglos, del árbol fecundo y lozano de su Iglesia, perdieron bien pronto con su separación la vitalidad antigua, y más ó menos tarde entraron en su natural período de descomposición, hundiéndose para siempre en las eternas tinieblas del olvido; sus secuaces las abandonan poco á poco, y al fin no queda de ellas otra cosa que la memoria infausta de sus abominables errores.

(Continuará).



CUENTO

Púrpura y Blusa.

(Histórico).

Era una noche obscura y lluviosa. En un cuarto de una posada pobre de Dublín estaban sentados, alrededor del fuego, vaciando el último vaso de vino, dos obreros. El posadero sentado allí cerca, estaba muy pensativo y taciturno, con los ojos fijos en las llamas.

—Ea, hombre—le dice uno de los obreros—¿por qué estás tan triste?

—Estaba pensando en el que está en el cuarto de arriba, el

cual podía haber ido á otra parte á morir... ¡Pero todo ha de sucederme á mí!

Y empezó á hablar de un forastero que había llegado el día anterior y había caído enfermo con una calentura horrible. Fué llamado el médico y, después de recetar algunas medicinas, declaró que aquel hombre se moría sin remedio y que era necesario llamar con toda urgencia un sacerdote. Pero el moribundo era católico y pidió un sacerdote papista.

—¿De modo—preguntó el otro obrero—que es papista ese huésped tuyo? ¿Y has llamado á un cura católico?

—Esta era mi dificultad. ¿Dónde encontrarlo aquí, en Dublín? Lo busqué por todas partes y nadie supo decirme dónde hallaría un sacerdote católico.

—Y el enfermo...

—Pues al enfermo le dije claramente: «Amigo mío, tranquilízate; pero de vuestros sacerdotes no se encuentra uno en todo Dublín. Como no queráis que avise á uno de nuestros pastores...

—No, no, yo quiero un sacerdote de mi Religión; yo soy católico—me dijo con viveza.—Pero ¡si no encuentro!—Mirad—repuso:—preguntad por el Arzobispo, que todos os sabrán decir dónde vive...» ¡Qué queréis!, un hombre en aquel estado... Lloraba, lloraba... Me daba compasión el infeliz... Busqué y encontré al Arzobispo católico, y pedí que enviara un sacerdote.

—¿Y lo envió?

—Sí. En el cuarto está aún al lado del enfermo. Lo está arreglando para el otro mundo á su manera.

—Extraño es que, dadas tus creencias, admitas en tu casa un sacerdote católico... Tengo curiosidad de verle la cara, de oírle, de hablarle.

—Pronto quedará satisfecha tu curiosidad, porque hace más de una hora que está arriba... Cuando llegó aquí, traía el traje todo mojado y lleno de barro, y venía el pobre viejo aterido de frío. Le invité á que se acercase al fuego; pero él se negó, diciendo que primero era el enfermo.

—¡Vaya! No debe de ser, pues, mal hombre.

—Así me pareció á mí. En vista de su negativa, le acompañé á ver el moribundo, y ahí le tenéis.

En este momento oyóse andar con paso lento y pesado. Era

el sacerdote, que bajaba de confesar al enfermo y de prepararle á bien morir.

—Aquí está el cura católico—anunció el posadero.

—Le diremos que entre. Nos divertiremos un poquito con él—dijeron los dos obreros.

—Sí, sí. Pasad.

—Entra á calentaros.

—Gracias, mis buenos amigos—contestó el sacerdote.—La verdad es que lo necesito.

—Y ¿por qué no quisisteis calentaros antes de visitar al enfermo? Acérquese, acérquese más; ponga los pies en el fuego. Mira, Patricio, trae más leña... Sopla un poco...

—Pero... ¡no se incomode por mí!

—¿Qué incomodidad? Tenéis que calentaros bien, porque os es muy necesario... ¡Y pensar—añadió uno de los obreros— que el comodón del Arzobispo, que os manda aquí con este tiempo tan malo, estará ahora muy descansado en su sala bebiendo el ponche en compañía de sus Canónigos!...

—Pero... ¿qué es lo que estáis diciendo?—interrumpió el sacerdote con la sonrisa en los labios.

—Digo lo que he oído decir mil veces; lo que todo el mundo sabe: que esos Obispos y Cardenales viven con toda comodidad y son unos perezosos, y que, cuando es necesario trabajar, los que están siempre en la brecha son los sacerdotes, sus servidores, los pobres curas como vos.

—¡Hombre, no! Trabajar toca á todos: también á los Obispos—respondió el sacerdote.—Y respecto á lo que habéis dicho del Cardenal-Arzobispo, estáis en un error.

—Conque sí, ¿eh?

—Sí, señor, os lo aseguro.

—Mucho asegurar es. No sé por dónde sabéis que trabaja ahora tanto el Arzobispo.

—Lo sé del modo más cierto posible... Lo sé por mí mismo.

—Vamos á ver...

—¿Conocéis mi nombre?

—No.

—Pues yo soy el Cardenal-Arzobispo de Dublín...

.....
Al oír esto, el dueño de la posada y los dos obreros se levantan.

taron de sus asientos, se descubrieron y rodearon al Cardenal, dirigiéndole palabras de excusa, de asombro y de respeto. El Cardenal les rogó, solícito y muy cariñoso, que volvieran á sentarse.

—¡Tantas cosas se dicen, amigos míos!—les dijo—Pero ya veís que no todo lo que se dice es verdad y que no debe creerse tan fácilmente... Cuando se oye hablar mal de una persona, hay que pesar y comprobar bien las cosas; hay que buscar su origen, antes de dar crédito...

Pasado un rato, el Cardenal se despidió del posadero y de los dos obreros y se dispuso á salir.

—Espere V. E. un poco—díjole el posadero.—No debiera irse solo á estas horas, con este tiempo...

Y tomando una linterna, acompañó al Cardenal hasta su palacio, por todo lo cual quedó el Prelado muy agradecido.

—Nada tiene que agradecerme S. E., contestó el dueño de la posada.—porque nada hice sino cumplir con mi deber. Yo soy el agradecido, por el honor que tengo de que mi casa haya sido visitada por S. E.; si me permite la molestia y el atrevimiento, he de volver otro día á visitarle.

— Ven, buen hombre; me será muy grata tu visita.

Y dicho esto, el Prelado entróse en sus habitaciones.

Se sabe que pocos días después el posadero visitó al Cardenal-Arzbispo de Dublín y le manifestó que había determinado entrar en el gremio de la Iglesia Católica.

Liturgia.

(Conclusión).

Lo demasiado extenso que resulta el presente artículo nos obliga á no indicar más que á la ligera todos los detalles de la parte litúrgica; sin embargo, aunque poco, algo diremos de las costumbres misteriosas de nuestra Cuaresma occidental. Muchas de ellas ya las hemos dado á conocer á nuestros lectores al hablar del Tiempo de Septuagésima. La supresión del *Alleluia*, el uso del color morado de los ornamentos sagrados, la sustitución

de la dalmática y tunicela por las Planetas, la omisión de los dos cánticos de alegría, *Gloria in excelsis* y *Te Deum laudamus*, el *Tracto* sustituyendo en la Misa al verso alleluyatico: el *Ite Missa est*, reemplazado por el *Benedicamus Domino*; la oración de penitencia que se recita sobre el pueblo al fin de la Misa, cuando ésta es de la feria; la anticipación de las Vísperas antes del mediodía, todos los días de la semana, á excepción del Domingo; todos estos diversos ritos, son, como hemos dicho, conocidos ya de nuestros lectores. Después de las ceremonias que concluimos de enumerar, réstanos únicamente indicar las preces que se rezan de rodillas al finalizar cada una de las Horas del oficio divino en los días de feria, y la costumbre, en virtud de la que todo el Coro permanece arrodillado durante las oraciones y el Canon de la Misa en los mismos días en que se reza de feria.

Las Iglesias de Occidente practicaban también otros ritos en Cuaresma, de los que muchos han caído en desuso, otros, en cambio, se han conservado hasta nuestros días en ciertas localidades. El más imponente de todos, y que, por cierto, se observa en nuestra Santa Iglesia Catedral Basílica, consiste en colocar un gran velo, ordinariamente de color morado (en esta Catedral de color blanco hasta el lunes de Pasión, día en que se sustituye por el morado y que se tiene hasta cantar en el Miércoles Santo las palabras de la Pasión: *Et velum templi scissum est*), entre el Coro y el Altar, de tal suerte, que ni el clero ni el pueblo pueden ver los santos misterios que se celebran tras de esa impenetrable *cortina*, pues este es el nombre con que ordinariamente se conoce. Este velo es un símbolo de duelo por la penitencia á que el pecador debe someterse, para merecer contemplar de nuevo la majestad de Dios, á quien ha ofendido con sus iniquidades. Significa también las humillaciones de nuestro Señor Jesucristo, que sirvieron de piedra de escándalo al orgullo de la Sinagoga, y que desaparecieron de repente, como velo que se levanta en un momento para dejar paso á los esplendores de la Resurrección.

Era también costumbre en muchas iglesias cubrir con un velo la cruz é imágenes de los santos, tan luego como empezaba la Cuaresma, á fin de inspirar compunción más viva á los fieles, que no podían tener el consuelo de dirigir sus miradas á objetos tan queridos de su piedad. Esta práctica, aun conservada en algunas localidades, no tiene el fundamento que la de la Iglesia Romana,

que no cubre sus cruces é imagenes hasta el tiempo de Pasión, como hemos de explicar suficientemente cuando llegue el momento.

Por los antiguos ceremoniales de la edad media nos es conocida también la costumbre, en aquellos tiempos corriente, de tener durante la Cuaresma un número considerable de procesiones de una iglesia á otra, especialmente los miércoles y viernes: en los monasterios las hacían por los claustros y con los pies desnudos, en señal de penitencia. Era una imitación de las Estaciones de Roma, en cuya ciudad son diarias durante la Cuaresma, y que, por espacio de muchos siglos, comenzaban por una procesión solemne en la iglesia estacional.

Por último, en todo tiempo ha multiplicado la Iglesia sus oraciones en la Cuaresma. La disciplina actual dispone que, en las Catedrales y Colegiatas no exentas por costumbre contraria, se añada á las Horas canónicas, en los lunes, el Oficio de Difuntos; el miércoles, los Salmos Graduales, y el viernes los Salmos Penitenciales.

He aquí lo más interesante y útil que respecto á la liturgia y ceremonias propias del Tiempo de Cuaresma puede saberse. Procuremos todos observarlos, como está mandado, y fijarnos detenidamente en ellos para llegar á comprenderlos y sacar de los mismos el mayor fruto posible.



Noticias generales.

Digna de recompensa, y desde luego de entusiastas plácemes, es la conducta observada por el párroco de Benijofar (Alicante), uno de los pueblos que más han padecido con las inundaciones últimas.

Este sacerdote ha salvado de una muerte cierta á más de veinticinco personas, con grave exposición de su vida.

Ha entregado todos sus modestísimos ahorros para los damnificados, y á gran número de los que se han quedado sin albergue los ha llevado á su casa, donde viven desde el día en que la inundación hizo los primeros estragos.

Cuando los hombres de ánimo más templado huían aterrri-

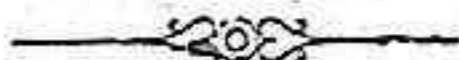
zados por salvarse, abandonándolo todo; el caritativo sacerdote realizaba heroicas empresas de salvamento.

*** Los ilustrísimos Prelados de Salamanca y Palencia, atentos al bien espiritual de sus ovejas, han emprendido la obra de la civilización de «Las Hurdes», región inculta de España, que entre las provincias de Cáceres y Salamanca constituye una vergüenza nacional por el estado de salvajismo de sus habitantes.

Los trabajos empiezan á producir frutos, según es de ver en el periódico *La Esperanza*, órgano de este pensamiento.

*** Contestando á las noticias insidiosas de la prensa sectaria, respecto á los peligros que la presencia de tantos enfermos ofrece en Lourdes, dice el Dr. Fleury de Cloyes:

«Conozco muy bien á Lourdes y me consta que allí se observan todas las reglas de higiene; pudiendo asegurar que desde el punto de vista médico, Lourdes es muy beneficioso; y de ello tengo una prueba con mi familia; pues cuando mi hijo, de veintinueve años, tenía cuatro, fué desahuciado por los once médicos que le vieron, y que eran profesores eminentes; y, sin embargo, conducido á Lourdes, se curó casi repentinamente, siguiendo después la profesión de su padre, que hoy ejerce, y recordando siempre con gratitud su milagrosa curación.



Santorial.

Día 14, Domingo XIX después de Pentecostés. La Maternidad de Ntra. Señora. Stos. Calixto, pp. mr.; Fortunato, Donaciano y Rústico, obs.; Sta. Fortunata, vg. mr.

Día 15, lunes. Stos. Antioco y Severo, obs. cfs.; Aquileo, mr.; Santa Teresa de Jesús, vg. fund.

Día 16, martes. Stos. Martiniano, Saturiano, Nereo y 375 mrs.; Galo, ab. cf.; Sta. Máxima, vg. mr.

Día 17, miércoles. Stos. Víctor,

Alejandro y Mariano, mrs.; Santas Mamelta, mr.; Eduvigis, viuda.

Día 18, jueves. Stos. Lucas evangelista; Asclepiades y Atenodoro, obs. mrs.; Sta. Trinia.

Día 19, viernes. San Pedro de Alcántara, cf. fund.; Stas. Pelaya, vg. mr.; Fredesvinda, vg. monja.

Día 20, sábado. Stos. Juan Cancio, pbro. cf.; Feliciano, ob. mr.; Stas. Irene, Marta y Saula, con otras muchas vgs. y mrs.